

# La Economía Política en el ocaso de su objeto

Pablo Levín\*

En el transcurso del siglo XX, el capital desplegó capacidades humanas otrora inconcebibles, estableció las condiciones objetivas y subjetivas de la civilización universal, abrió de par en par las enormes puertas históricas del progreso social, a la vez que se valió de las mayores hazañas tecnológicas para perpetrar crímenes horrendos contra la humanidad y someter a los que siguen vivos a la servidumbre más abstracta y por ende la más abyecta. Para algunos economistas, el mundo se ha vuelto irreconocible; para otros no, porque la pregunta por el carácter histórico del sistema no cabe en la porción de teoría "recibida" por ellos, ni cobra significado el reclamo de poner en vigencia la misión emancipadora de la ciencia.

El economista profesional conjura la novedad del mundo con palabras novedosas que brindan a sus dichos un aire técnico y pasan sin más a la jerga de los periodistas y del público informado. Esas palabras no se consagraron por el uso sino que se usan porque emanaron de un poder consagratorio. Otro economista podría ocuparse de las nociones corrientes entre sus

colegas poniéndolas sobre el banco de prueba de los conceptos científicos originales, y mostraría el infortunio de quienes repiten desaprensivamente las voces en boga y suscriben las verdades establecidas: creen estar a la moda, y lo están en efecto, pero la moda misma es anacrónica, ya que consiste en no poseer la verdad de lo que se dice.

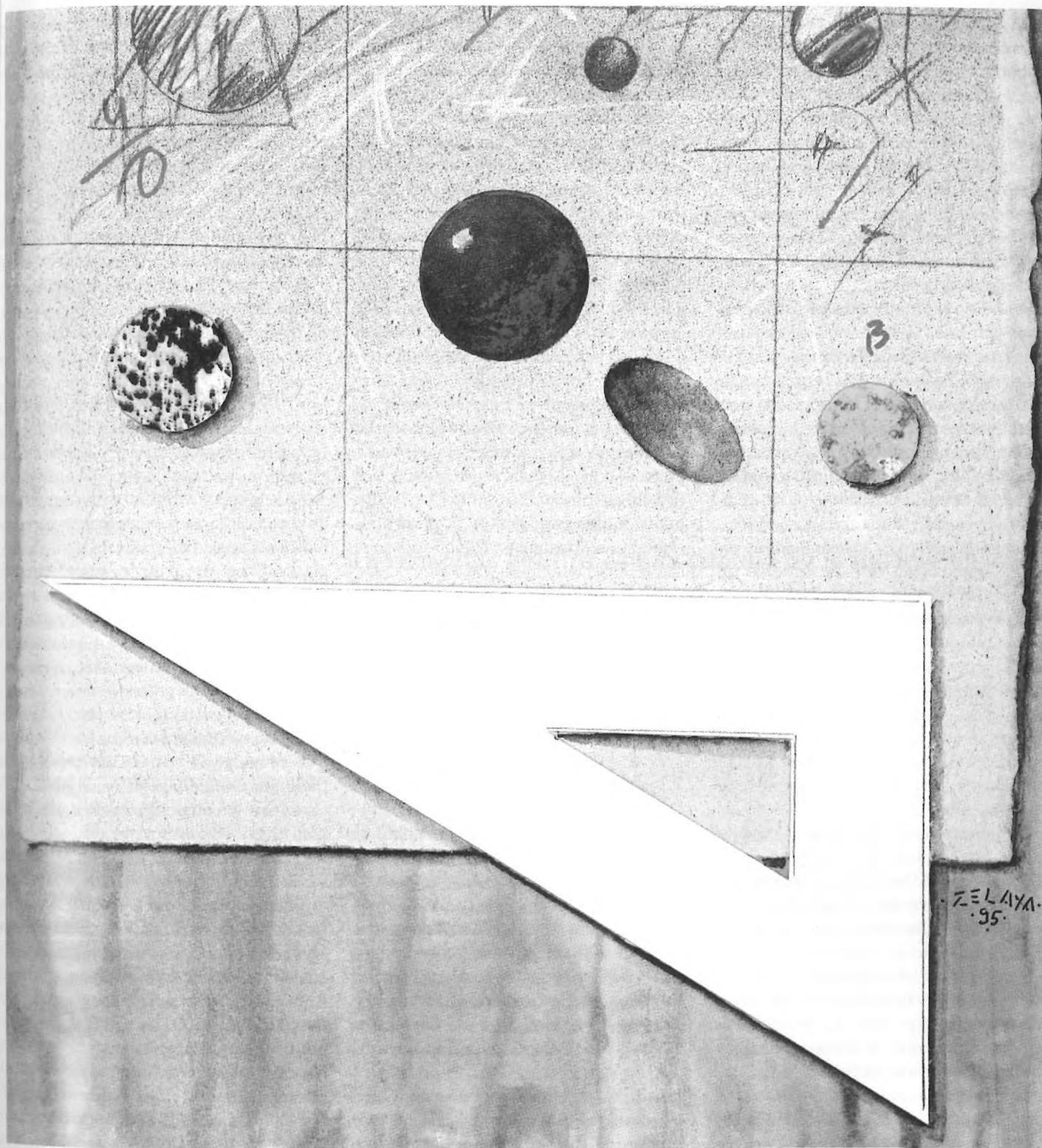
Pero, por razones que él conoce, el economista involucrado en la carrera académica no se hace cargo de esa crítica. Tampoco a él le incumbe ocuparse de la naturaleza histórica específica del capitalismo, de la capacidad de este sistema de producción para proveer al progreso general, de los límites inmanentes al desarrollo de esta forma de producción: la ciencia económica no es cosa en la que puedan ocuparse los economistas, sin pecar de soberbia. Consecuentemente, las directivas sobre educación e investigación emanadas de los centros de poder (que gobiernan el talante de la profesión y dirigen la mirada del investigador) son ajenas y hasta contrarias a la pregunta sobre la historicidad del capital. Uncida al yugo financiero,

la ciencia institucionalizada (y está claro que no hay otra) es subsumida por el capital. Esta mediación exalta la producción científica y entorpece en ella de un modo igualmente bárbaro el concepto. La ciencia de nuestra época abraza una metafísica antimetafísica, y expresa el fanatismo fundamentalista propio de ese credo purificándose de todo pronunciamiento que pudiera tacharse de "filosófico" (que en esa bruma ideológica conlleva un menoscabo) (1).

Su discurso reviste directamente la forma material de sus efectos administrativos; la autoridad se abstiene de incurrir ella misma en un enunciado comprometido con el concepto, al punto que sus políticas son implícitas, calladas; mas esta renuencia intelectual no le impide expresar por acción u omisión sus simpatías y valores: sus contundentes "asertos ejecutivos" (2) prodigan premios y apremios. La subsunción de la ciencia por el logos de la acumulación material abstracta no acalla en ella el ínsito imperativo de ser digna de su época, que el economista alienado, profesional o académico, alucina bajo la figura pesadillesca

\* Profesor Asociado y Director del Centro de Estudios de Planificación y Desarrollo (CEPLAD) del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

(1) "Eco de esta realidad filosófica es la maldad de un sentido común orgulloso de su propia estupidez, que hoy llena el mundo... Esa maldad es 'positiva' y está marcada por la misma arbitrariedad de lo dispuesto subjetivamente que echa en el pensamiento especulativo el *common sense* representado por Babbit." Adorno, Theodor W.: *Dialéctica negativa* (1966). Taurus, Madrid, 1975, pág. 383.



(2) En el sentido de *performative utterances*, cfr. Austin, J.L.: *How to do Things with Words*. William James Lectures, Harvard Univ. (1955), Oxford Univ. Press, 1980. La contraparte es *how to do words with things*. En la simpática jerga internacional que usa con intención lúdico-técnica el *jet-set* de los victimarios se utilizan expresiones como *arm twisting*: el cuerpo humano es una metáfora del

dolor. Los "incentivos a la investigación" que perciben algunos investigadores argentinos merecieron el calificativo de "denigrantes". Cfr. Oteiza, E.: "Un primer mundo de fantasía". *Clarín*, Zona, Bs. As., 9 de mayo de 1999.

de una bestia que lo acosa. Su patrimonio profesional se le representa metafóricamente como "capital humano", un activo lábil que se desvanece por efecto de la obsolescencia, a menos que lo reponga frenéticamente, sin cesar, sin detenerse a probar el fruto prohibido. Su reacción a la picana del capital estará condicionada por las habilidades de adaptación que adquirió tempranamente durante su cautiverio como estudiante.

En una época en la que los prodigios más colosales de la ciencia y las proezas más insólitas de la tecnología son noticia de todos los días, en el campo de la crematística la compulsión a la actualización profesional incesante parece provenir del mismo avance impetuoso del saber y del saber hacer. Pero, al acudir a los servicios de reciclamiento que "imparten" los conocimientos y enfoques instrumentales recién legitimados por la cadena de mando, el economista advierte que los "nuevos contenidos" suelen ser triviales e intrascendentes. En su perplejidad, necesariamente advierte que la transformación del objeto de la economía política pone radicalmente en cuestión los fundamentos más elementales de la ciencia económica. Su opción es retomar los conceptos de la ciencia, o renunciar a ella.

Las circunstancias propicias a uno u otro término de la encrucijada se suceden a tenor de las fases de animación y estancamiento de la acumulación capitalista, con los ciclos de renovación y derrumbe de la esperanza de participación que el capitalismo ofreció siempre a los excluidos, la *promesse de bonheur pour tous*. La ilusión dieciochesca de que la forma capitalista de la sociedad es conforme con la naturaleza eterna, mistificación anacrónica si las hay, resulta materialmente necesaria para la reproducción del siste-

ma, y por eso los aderezos científicos de la quimera, por mención u omisión, ameritan los honores oficiales. Mientras el progreso material brinda pábulo a una expectativa creíble de bienestar y progreso *pour tous*, la pregunta sobre la historicidad de esta forma de civilización luce banal o intelectualizada; hasta que el espejismo se disipa y suena la hora de retomar el concepto (3).

A tal empresa quisiéramos contribuir en estas páginas, primero recordando cómo y por qué la ciencia económica cumplió la misión emancipadora en siglos anteriores y la olvidó en éste; luego, confrontando con la realidad presente la *imago mundi* brindada por la economía política: las viejas respuestas con las nuevas preguntas; en definitiva, procurando anticipar la dimensión programática de la discusión que aquí se bosqueja. Tomaremos como referencia a Smith y a Marx, y nos preguntaremos si nuestra época está a la altura de los programas de ambos (4). Los economistas de hoy, especialmente los jóvenes, quieren saber dónde están y a dónde van. Por de pronto, que sepan de dónde vienen.

La economía política es una criatura de la Ilustración, ese fermento intelectual que al iluminar los albores del capitalismo proyectó las sombras que hoy lo envuelven (5). La trayectoria del pensamiento moderno empezó antes del Siglo de las Luces y hoy su agotamiento cierra un ciclo: el intento de poner en marcha un concepto sin metafísica se complicó en una metafísica sin concepto.

La historia del pensamiento económico moderno está comprendida en este arco. En pleno Siglo de las Luces,

un hombre dedicaba su carrera intelectual a resistir ese destino ineluctable de la economía política, al mismo tiempo que, sin proponérselo, la creaba: fue el autor de la *Teoría de los Sentimientos Morales* y de *La Riqueza de las Naciones*. La posteridad ensalzó la segunda obra a expensas de la primera, para lo cual la sabiduría académica convencional dispuso que las enfáticas declaraciones en contrario del propio autor se tuvieran por nulas o irrelevantes (6).

Si llamamos Myth al falso Adam y Smith al verdadero, y los comparamos, encontraremos coincidencias: fundaron la economía política moderna (en adelante, EP), propiciaron el liberalismo, caracterizaron y bautizaron el sistema mercantilista, declarándose sus enemigos acérrimos; propugnaron el libre comercio y confiaron la armonía de la sociedad civil a la providencia de la mano invisible, y, para concluir un tanto arbitrariamente esta enumeración que podría prolongarse, retomaron nociones del mundo antiguo, como las relativas a la división social del trabajo y al valor mercantil, y las convirtieron en el fundamento de la ciencia económica moderna. Aunque esto último, en el caso de Myth, tiene poca importancia, o ninguna.

Cada una de estas identidades ubica a ambos en el mismo planeta, aunque los pone en los antípodas. Por de pronto, la EP fundada por Smith no es la misma ciencia que hoy se llama economía y cuya paternidad se atribuye a Myth. Si ésta es científica con arreglo al criterio científicista hoy en boga, aquélla lo es en un sentido más profundo y más exigente: la EP de Smith está comprendida en la Jurisprudencia, y en esa conexión interna debe descubrir y explicar los fundamentos naturales de la constitución política de una gran sociedad "bien gobernada", es decir, regida

(3) "A los verdaderos pensamientos y a la penetración científica sólo puede llegarse mediante la labor del concepto... Debemos estar convencidos de que lo verdadero tiene por naturaleza el abrirse paso al llegar su tiempo..." Hegel, G.W.F. *Fenomenología del Espíritu* (1807). FCE, 1987.

(4) Esta pregunta es una paráfrasis de la formulada por Adorno en la primera de sus

célebres *Tres Conferencias sobre Hegel*. La pregunta inversa, que hace comparecer a Smith, Ricardo, Marx, ante nosotros y nuestra época, es pura petulancia.

(5) Esta tesis asoma en la *Filosofía del Derecho* de Hegel, y se desarrolla en la *Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer. Pero estos autores no supieron remitir esa dialéctica a la de la mercancía, el dinero y el capital. Cfr. Adorno, Theodor W.;

por leyes acordes con la naturaleza (7). Esos fundamentos son para Smith de carácter ético: la profusión de riquezas materiales será a la vez la causa y el resultado del sistema de la libertad de los valores, pero únicamente si se conjuga con disposiciones que brinden los beneficios de la educación (en sentido amplio) para todos. La EP tiene su pleno significado ¡en la vida cívica!

Myth, por su lado, es sin duda el fundamentalista, el gran partidario del *laissez faire*: cree ciegamente en su efecto civilizador y está dispuesto a entregar a la humanidad entera al cuidado de la mano invisible, cuya providencia bendita derramará espléndidas riquezas sobre la humanidad. Bajo tal advocación, el desarrollo económico mismo será automático, y se dará siempre a condición de que quede a salvo del peligro mayor que lo amenaza, la interferencia estatal. En ausencia de este peligro, el efecto civilizador del *laissez faire* es cierto.

Bien distinto es todo para Smith. Por de pronto, las locuciones tan características de Adam Myth no aparecen nunca en sus obras, como es el caso de *laissez faire*, o sólo muy raramente, como “mano invisible”, y aun entonces con un sentido de equidad social, fundado sobre tradiciones de filosofía natural, completamente ajeno al profeta vicario y por completo ignorado por quienes lo suelen invocar. Pero ciertamente también Smith reconoce en el libre desenvolvimiento de los mercados la condición ineludible de una civilización avanzada. Sólo en los grandes mercados ecuménicos florecen las fuerzas productivas del trabajo humano en todo su esplendor y la humanidad se beneficia plenamente de la división social del trabajo. Pero Smith nunca deja de advertir que esa civilización económica elevada únicamente es asequible si se funda sobre

principios morales, y consagra enteramente su vida y su obra a la investigación de esos principios (8).

Si tal condición no se cumpliera, los efectos del sistema comercial serían funestos y devastadores. Los pobres quedarían inermes a merced de los ricos y del gobierno: coincidiendo expresa y enfáticamente con Locke, Smith denuncia al “gobierno” como un artificio erigido por los ricos para defenderse de los pobres. Los mercados unilateralmente guiados por una angurria insaciable “no son, ni deben ser, los gobernantes de la humanidad”. Los beneficios de la división del trabajo se perderían y, peor aún, de bendiciones infinitas se volverían calamidades, y acabarían por destruir la humanidad. Aquí Smith habla directa-

el campo de la ciencia económica en el mismo sentido en que lo son, antes que él, en el continente, los maestros fisiócratas, quienes, como lo explica uno de ellos, Dupont de Nemours, fundaron sobre principios liberales “un cuerpo de doctrina, definido y completo, que claramente establece los derechos naturales del hombre, el orden natural de la sociedad, y las leyes naturales más ventajosas a los hombres unidos en sociedad” (10).

No hace falta dilucidar aquí la ubicación de Smith entre las diversas corrientes liberales de su época. Basta indicar que su obra aborda el problema común a todas ellas: descubrir los fundamentos de la novísima sociedad moderna. Por cierto, oponer un Smith progresista a un Myth reaccionario se-

## La economía política es una criatura de la Ilustración, ese fermento intelectual que al iluminar los albores del capitalismo proyectó las sombras que hoy lo envuelven

mente por sobre la cabeza de sus contemporáneos y de diez generaciones subsiguientes, y se dirige directamente a nosotros, los hombres de hoy (9). Finalmente, Myth es ciertamente liberal, hasta los tuétanos. También lo es, en un sentido que procuraremos precisar, Smith. Pero mientras el liberalismo de Myth no debe confundirse nunca con el liberalismo político, el liberalismo económico de Smith no puede comprenderse sino como un aspecto inseparable de su filosofía política. Si, no obstante, nos atenemos a esta abstracción, y (como hizo la tradición interpretativa que estamos cuestionando) consideramos la EP de Smith haciendo caso omiso de su filosofía política, aun así su liberalismo económico es esencialmente distinto. Smith es liberal en

ría todavía cambiar una mistificación por otra. Ambos son conservadores, aunque, nuevamente, en sentido opuesto. Es distintivo de Smith que toma en serio las advertencias de la reacción tory contra los peligros del progreso, y procura contenerlas. Arguye que la prosperidad del mundo burgués puede ser compatible con las virtudes y los valores morales tradicionales y, más aún, que sin éstos aquél no es posible.

El principio liberal se construye mediante una crítica transformativa de la ideología aristocrática de inspiración feudal, proceso que ya había iniciado y, en substancia, agotado, el liberalismo del siglo XVII, especialmente con Hobbes y Locke. El liberalismo reconoce la prevalencia de la razón sobre

Horkheimer, Max: *Dialectic of enlightenment* (1944). Verso Editions, Londres, 1979.  
Avineri, Shlomo: *Hegel's Theory of the Modern State*. Cambridge University Press, London 1972.

(6) He aquí un antídoto contra esa falsificación: el estudio sobre Smith del australiano Athol Fitzgibbons, donde denuncia que el Smith oficial es falso. “*The Adam Smith*

*of economic folk lore, who was created in the nineteenth century, differs from the real... The real Smith, unlike his fictitious namesake, did not stand for free trade, empirical science, moral vacuity, and self love.*” Fitzgibbons, Athol: *Adam Smith's System of Liberty, Wealth and Virtue. The Moral and Political Foundation of the Wealth of Nations*, Clarendon, Oxford University Press, 1995, pág. 152.

la fe; en consecuencia, debe buscar las fuentes de legitimidad del Estado prescindiendo de la teología y, más aún, de la autoridad de la Iglesia, terrenal o espiritual. La esencia del liberalismo es el derecho a la rebelión: este derecho natural (privativo, en su origen, de la nobleza) es la base de las nociones liberales de pacto social y mandato político (11). Huelga decir que no es éste el liberalismo de Myth, quien en las postrimerías del siglo XX abogará por el poder irrestricto del capital ecuménicamente centralizado.

Smith inscribe toda su obra en las tradiciones liberales de su época en cuanto aporta a la crítica inmanente de las ideas heredadas de la edad media y la antigüedad. Por eso, tan arbitrario es interpretar a Smith como enemigo del sistema comercial como ver en él a un partidario tardío del estoicismo de tradición greco-romana (12). Su posición es crítica en ambas cuestiones, que une inextricablemente. Es negativa y positiva; negativa, porque rechaza tanto la doctrina que propugna una sociedad comercial sin valores, como también la idea (autoritaria, de inspiración estoica) de un orden social fundado sobre la virtud; y positiva, porque por un lado reivindica el comercio como condición *sine qua non* del progreso (el despliegue de la división social del trabajo es correlativo con la extensión de los mercados), y por el otro, arguye, ese progreso únicamente es posible si se funda sobre principios morales. He aquí que tales principios no pueden ni necesitan ser impuestos despóticamente, puesto que son –así los concibe– de carácter natural.

Smith no comparte el optimismo incondicional de Myth sobre el capital. Es verdad que el concepto riguroso de la historicidad de las categorías económicas deberá esperar todavía

un siglo, hasta que Marx publique sus obras de madurez, y Smith está todavía muy lejos de alcanzarlo. No por eso es menos vigorosa su comprensión de los límites del sistema, ni, si hoy nos atenemos a ese criterio, menos claro su veredicto sobre el agotamiento del capitalismo.

En el siglo XIX, la EP sufre dos severas amputaciones. En el primer medio siglo ella misma es arrancada de la filosofía. En el segundo, es despojada de la teoría del valor y privada –por ende– de la capacidad de realizar las distinciones más elementales (entre valor y valor mercantil, dinero y moneda, equilibrio del mercado y ajuste del sistema productivo, rotación y reproducción del capital, etc.). Dos veces se recorta su objeto; dos su método. Nunca los jibaros se ensañaron así con la cabeza de un enemigo (13).

La primera escisión, no por menos conocida menos importante, corta a través del propio linaje de la ciencia que Marx llamó clásica. El rótulo es justo, pero desdibuja la diferencia esencial entre el siglo XVIII y el XIX, entre la EP anterior a la revolución industrial y la EP consecutiva a la configuración del capitalismo industrial: entre Smith y Ricardo, aunque también entre David Hume y Alfred Marshall. El nexo que articula la EP con la filosofía no podrá perderse, pero se tornará ex-trínseco, pasivo, irreflexivo y, en suma, ideológico. Estas mudanzas deben destacarse, porque habrán de prolongarse en la economía del siglo XX. A diferencia de Smith –y, para el caso, de Hume–, Ricardo no tiene un proyecto filosófico (14).

Desde los *Principles* en adelante, la intención cívica se habrá desvanecido

de la ciencia económica, y su proyección en la filosofía política se degradará en meras “recomendaciones de política”. Al igual que los mercantilistas cortesanos en las monarquías absolutistas del siglo de Luis XIV, el economista, devenido *lobbyman* decimonónico, se propondrá influir en las medidas de política económica del gobierno. Todo economista es discípulo de algún filósofo, grande o pequeño, aunque sólo algunos lo saben, como Ricardo, a comienzos del siglo, y Edgeworth, en sus postrimerías: el tutor filosófico de ambos es Jeremy Bentham. Lo será también del siglo XX.

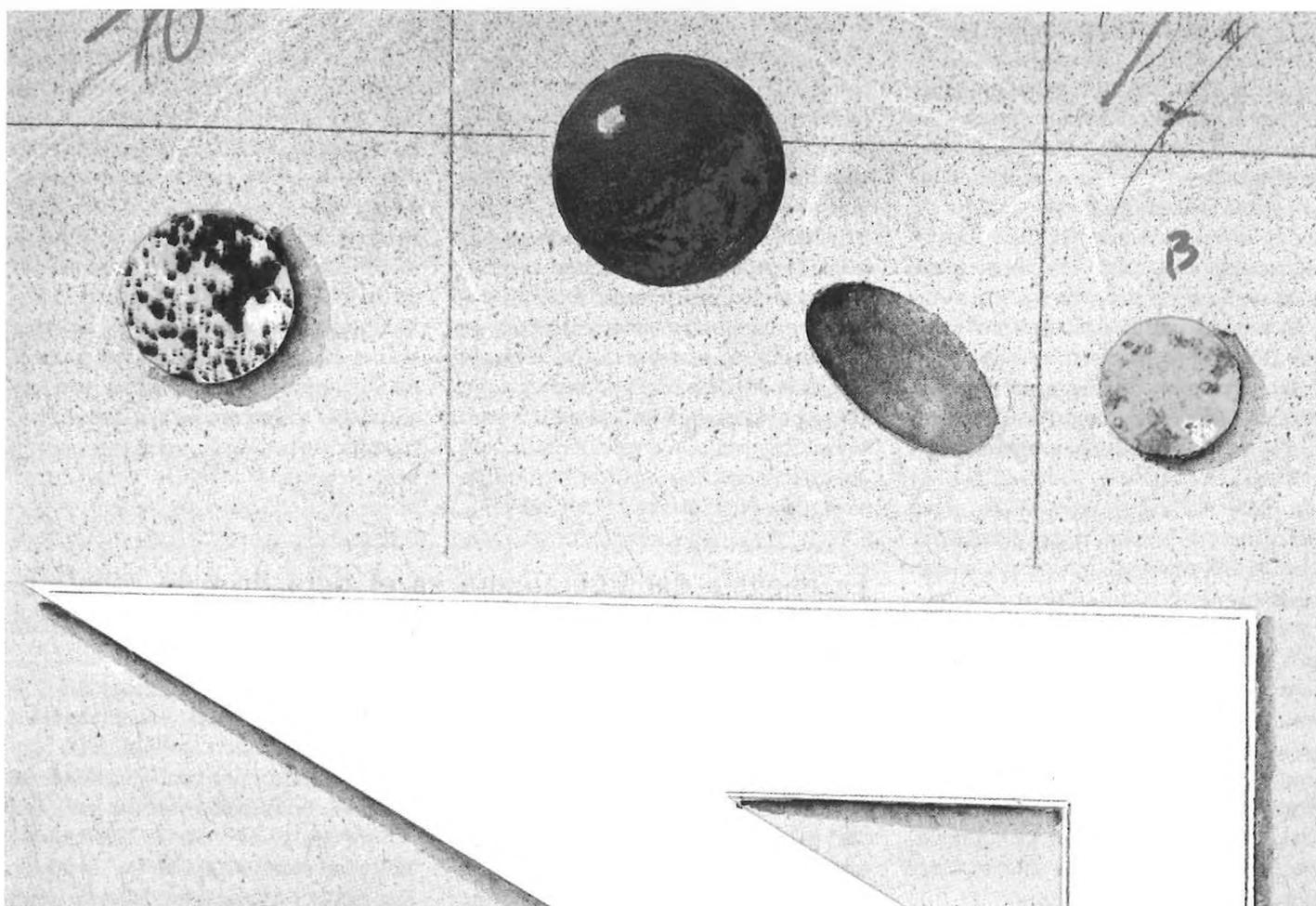
La influencia de Bentham no se explica por su profundidad u originalidad. La célebre consigna que equivocadamente se le atribuye, “la máxima felicidad para el mayor número de personas”, había sido enunciada repetidamente en el siglo anterior, tanto en el continente (Beccaria) como en Escocia (Hutcheson), pero su sentido utilitarista nunca pudo ser tan estrechamente unilateral como cuando, a fines del siglo XIX, Edgeworth la proclama como el enunciado del “principio soberano”, especula sobre el “supuesto de la aditividad” en la “aritmética del hedonismo”, y especifica la “función de utilidad” (la primera derivada ha de ser positiva; la segunda, negativa) (15). Cuando la Ilustración, un siglo antes, procuraba liberarse de la teología medieval y de la filosofía todavía teologizada, la felicidad se asociaba más con la virtud que con la saciedad. En los siglos XVII y XVIII la articulación entre la EP y la filosofía era una misión intelectualmente activa de aquélla: los conceptos económicos se desplegaban ellos mismos en un medio filosófico, y la gran filosofía encontraba inspiración en la nueva ciencia de la sociedad civil (16). Fue así como el joven Marx pudo encon-

(7) La Jurisprudencia smithiana es una ciencia de la política, basada sobre una filosofía moral de inspiración estoica. La Jurisprudencia investiga los principios generales sobre los que deben fundarse las leyes de todas las naciones. Estos principios son la justicia y la benevolencia: por justicia ha de entenderse principalmente la justicia conmutativa, que ofrece una compensación por las injurias y obliga al cumplimiento

de los contratos, y la benevolencia es la virtud ciudadana. Cfr. Fitzgibbons, A., op. cit.

(8) “The establishment of perfect justice, of perfect liberty, and of perfect equality, is the very simple secret which most effectually secures the highest degree of prosperity...” (pág. 726).

(9) En efecto, las siguientes palabras no podrían ponerse en boca de Adam Myth: “In the progress of the division of labour, the employment of the far greater part of whose



trar la EP "filosóficamente digerida" (dice Pierre Naville) en la obra de Hegel. Por su parte, la *Riqueza de las Naciones* se relaciona con la Jurisprudencia de la misma manera que, en la filosofía de Shaftesbury, el predecesor de Smith, el artista se relaciona con su obra: "Lo embellecedor, no lo embellecido, es lo verdaderamente bello" (17).

El segundo desgarramiento que cercenó la EP fue posibilitado, preparado e incluso anticipado por el primero. Hay

que tener presente que cuando Marx llevaba a cabo su crítica de la EP, ésta, representada a la sazón por la escuela ricardiana, venía sufriendo un empobrecimiento desastroso y había caído en el descrédito. También eran los tiempos en que simultánea e independientemente los autores que confluían más tarde en la escuela neoclásica se aprestaban a construir una nueva disciplina económica: la misma que pronto reclamaría el sitio de la EP como doctrina oficial, no obstante carecer del concepto de valor, e invocando esa carencia como timbre de dignidad científica. Empero, ya por entonces los propios representantes

de la escuela ricardiana se habían desprendido de lo que para ellos era un lastre, y podían ser ricardianos pero no eran, estrictamente, clásicos.

Pues "clásicos" habían sido (según Marx) los maestros que comprendieron las "concatenaciones internas" del sistema capitalista, en contraposición con los economistas vulgares que sólo advirtieron sus "concatenaciones externas". Y Ricardo fue grande, pero escapó por completo a sus discípulos el concepto todavía inacabado del capital. Sólo Marx retomaría críticamente el juego de identidades y oposiciones entre categorías polares, tales como forma mercantil del valor y forma

*who live by labour, that is, of the great body of the people, comes to be confined to a few simple operations, frequently to one or two. But the understanding of the greater part of men are necessarily formed by their ordinary employments. The man whose whole life is spent in performing a few simple operations, of which the effects too are, perhaps, always the same, or very nearly the same, has no occasion to exert his unders-*

*tanding, or to exercise his invention in finding out expedients for removing difficulties which never occur. He naturally loses, therefore, the habit of such exertion, and generally becomes as stupid and ignorant as it is possible for a human creature to become... But in every improved and civilized society this is the state into which the labouring poor, that is, the great body of the people, must necessarily fall, unless government ta-*

capitalista del plusvalor; la circulación de mercancías y la rotación de capital mediada por esa circulación; recién él comprendería la reproducción del capital como la unidad procesual diferenciada y la totalidad concreta de todas estas determinaciones.

La escuela ricardiana, declinante, dejaba escapar las "concatenaciones internas" como si en sus manos fueran brasas, y nada aportó a la explicación de las "externas". La doctrina neoclásica (que se circunscribiría unilateralmente a estas últimas) no libró batalla contra el punto de vista clásico, apenas ocupó una porción de su nicho vacío. Por su parte, la crítica que se propuso Marx era de carácter transformativo: con arreglo a este propósito, debía contraponer la EP consigo misma hasta poner al descubierto sus transiciones inmanentes, de modo que el pasaje a la superación científica de la EP no sería sino un "desenvolvimiento necesario" de esta misma (18). Una crítica semejante, dirigida contra la doctrina consagrada, consiste esencialmente en exponerla; pero para ceñir el objeto de su crítica a la EP, Marx debió, además, reivindicarla.

Esa circunstancia dejó su sello en *El Capital* y contribuyó a la confusión que envolvió la obra de Marx en el presente siglo, el cual sólo supo leer a Marx en clave ricardiana (19). La economía marxista del siglo XX permanece en un letargo, interrumpido apenas por progresos analíticos en un horizonte ricardiano, donde salta de la sartén al fuego: zafa del *mainstream* económico (enhorabuena), pero es arrastrada por el *mainstream* epistemológico. Este último, con la excusa de exigir que la ciencia produzca proposiciones empíricamente "falsables", niega dogmáticamente la dimensión relacional, no empíricamente "falsable", del concepto, y por

lo tanto (con la excusa adicional y quiijotesca de luchar contra una metafísica difusa), rechaza el concepto en tanto que concepto. Si el pensamiento económico oficial pudo durante un siglo obviar la EP, desentendiéndose de su objeto, de su método, de sus principales problemas, de sus exigencias conceptuales, de sus logros teóricos ya realizados y, más tarde, de las nuevas exigencias teóricas impuestas por la transformación histórica de su objeto específico, el capitalismo, todo ello con soberbia impunidad; si, en definitiva, pudo usurpar su sitio sin hacerse cargo de su patrimonio ni de

do por la ley del valor. La idea de leyes de transformación histórica inmanentes al sistema de producción capitalista le es del todo ajena. Concebirá el "equilibrio general" estrictamente limitado al equilibrio del mercado, de modo que sus mejores frutos caerán fuera de su propio campo y deberán recogerse integrados en el concepto de la EP (20).

Para destacar que han roto amarras con la EP precedente, los fundadores de la nueva ciencia quieren rebautizarla (21) y proponen nombres como "cataláctica" (Whately) y "económicas" (Jevons, Marshall). "Cataláctica",

## La esencia del liberalismo es el derecho a la rebelión: este derecho natural es la base de las nociones liberales de pacto social y mandato político

sus deudas científicas, ello fue posible porque la EP decimonónica padecía una debilidad congénita. Su superioridad no realizada debió brindarle ventaja pero en cambio la tornó hasta tal punto vulnerable que, en realidad, no fue vencida, ni siquiera atacada, sino que se desmoronó desde adentro, por implosión.

El vacío no fue ocupado por una doctrina o escuela sino por una ciencia cuyo campo abarca una porción del objeto de la EP, ya que ignora el concepto unificador de la ciencia económica moderna, el de valor mercantil. Escapa por ende a su cometido comprender la reproducción capitalista como la unidad de dos procesos discretos: la mutación formal de los productos (en el ámbito del mercado) y su conformación técnico material. Al limitar su atención al primero, carece también de la noción del ajuste dinámico de la estructura productiva, regi-

ciencia de los intercambios, sería acaso apropiado, pero la autoridad de Marshall consagró "económicas" (de *economics*, que se vierte con dificultad a nuestra lengua), o Economía Neoclásica (en adelante, EN). La especificidad histórica del capitalismo y, por ende, su finitud, son incomprensibles para la EN, centrada en la teoría del equilibrio general (de los mercados). Sin embargo, reinaría durante un siglo (22); incluso cuando las guerras y las crisis pusieron en cuestión ante los ojos del mundo la viabilidad y la racionalidad del conjunto, la cuestión fue abordada con los enfoques catalácticos en los que ya el concepto de la totalidad concreta había sido cercenado. Así, la "teoría general" pretendió reducir a caso particular la EN "neoclásica", pero fue reducida ella misma a caso particular. Esta reintegración fue el mayor enriquecimiento que conoció la EN en toda su trayec-

kes some pains to prevent it". Smith, A.: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776). Modern Library Ed. 1994, N.Y., págs. 839/840.

(10) Citado por Laski, Harold, en "The Rise of Liberalism", *Encyclopaedia of the Social Sciences*. Macmillan, 1956. (Trad. nos).

(11) Laski, Harold, *op. cit.*

(12) En este punto nos apartamos de Fitzgibbons, A., *op. cit.*

(13) En este apartado usamos libremente fragmentos de la ponencia que presentamos en las IV Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas, FCE/UBA, set. 1998, con el título "Dos secuencias de la figura mercantil: la historia y el concepto".

(14) Debemos al profesor Athol Fitzgibbons el énfasis en la importancia de este epi-

toria científica, magra por lo demás. Es indudable que este triunfo, debido a la crítica transformativa, vale decir, integradora, de la doctrina rival, contribuyó a apuntalar la EN y le brindó una sobrevida de medio siglo. Hoy, en el nuevo escenario de la lucha de clases, la EN misma será salvada de su inocultable anacronismo al ser reintegrada críticamente en el concepto de la EP.

Pero el presente siglo marchó en dirección contraria. Es indudable que un giro tan excepcionalmente drástico en el pensamiento económico debió contar con el beneplácito unánime y sostenido de la corporación académica. Si el nuevo curso se sostuvo firme en medio de las mayores turbulencias intelectuales de la historia (no sólo intelectuales: revoluciones y contrarrevoluciones en escala continental, grandes guerras mundiales, descubrimientos científicos y desarrollos tecnológicos alucinantes, transformación del mundo), ello no se explica por una conspiración de profesores conjurados contra la teoría clásica del valor. Si el poder del capital interpuso una interdicción ideológica sobre el concepto, para precaverse de la denuncia fundada contra el sistema y de la revelación de su finitud, lo logró mientras una conjunción de circunstancias obró en favor de la EN.

Pero la ideología de la época había de caracterizarse por esa irreductible hostilidad al concepto que, después de la Ilustración, atravesó el campo variopinto de las tradiciones empiristas, positivistas, utilitaristas, que confluyen en el prejuicio posmoderno. El análisis catalítico se adaptó exitosamente a una fase temprana de tal tendencia, gracias a que no cargó con el problema del valor mercantil, a la sazón irresuelto, sino que se desentendió de él olímpicamente. Y porque fue mucho

más adelante, es decir, mucho más atrás, al arrancarse de cuajo el concepto genérico de valor. Esto le permitió descomprometerse del incómodo problema formulado por Ricardo, que desquició a sus discípulos (la incompatibilidad entre la ley del valor y la igualación tendencial de las tasas de ganancia de las empresas de capital), y del hecho aún más embarazoso: que Marx, nada menos que Marx, resolvió elegante y definitivamente el problema ricardiano (explicando la "transformación de los valores en precios de producción"): con la descalificación del problema quedó desestimada la solución. Todo el operativo se basa sobre un rechazo irreflexivo y enteramente extrínseco del concepto fundamental de la EP. La nueva disciplina ignora por completo el concepto de valor, pero, paradójicamente, esta severa carencia la deja habilitada para dirigir su atención sin más al portador de la mercancía.

Ante la mirada ingenuamente ahistórica de la EN, el *homo mercator* es, sencillamente, el hombre. El análisis de raigambre utilitarista (ajeno al concepto elemental de la EP que distingue entre las dimensiones específicas de la sociedad moderna y sus determinaciones genéricas) indagó en los comportamientos peculiarísimos del tipo históricamente determinado de individuo que entabla su nexo productivo en la moderna sociedad civil y se figura su propia esencia social como la propiedad que tiene la cosa de ser cambiante. Empezó ese estudio aislando la representación unilateral de las relaciones productivas que se entablan en el mercado y encerrándose en esa figuración, haciendo caso omiso del conocimiento ya alcanzado por el pensamiento económico antiguo y medieval y perfeccionado por un siglo de desarrollo de la EP en sus versiones

clásica y crítica sobre el hecho de que la mercancía es una relación productiva. Esta abstracción obnubiló y estultificó el pensamiento económico del siglo XX.

La EN se erige sobre dos pilares que no fueron levantados por ella: el abordaje unilateralmente analítico de la mercancía (circunscripto a su apariencia fenomenológica inmediata) y el enfoque marginalista. Ambos fueron concebidos en tiempos muy anteriores a los de Jevons y Menger. Tuvieron avances significativos durante el siglo de la EP (comprendido entre la publicación de *La Riqueza* y la de *El Capital*), y habían sido formuladas separadamente antes de dicho siglo: el principio marginalista fue enunciado a comienzos del siglo XVIII por el holandés Daniel Bernoulli en su análisis del riesgo. Sus primeras aplicaciones en la determinación de opciones óptimas —en el comportamiento de los consumidores, en el curso decisional de las empresas de capital, en la configuración del espacio económico— fueron realizadas en la primera mitad del siglo XIX por precursores tempranos de la EN, como Gossen, Cournot, von Thünen, aunque permanecieron ignoradas por la EP. La EN supo sacar provecho de estas dos omisiones, que debieron enriquecer la EC posricardiana y marxiana pero fueron esgrimidas en contra de ella y utilizadas para su menoscabo.

El análisis preciso de la conducta altamente específica del productor individual de mercancías es tarea inexcusable del concepto de valor mercantil. Pero sin este concepto no hay EP, de modo que el mismo análisis, si es abstractamente desprendido del concepto, incluso si se precisa y perfecciona con matematicismos como se los prodiga la EN del siglo XX, no puede ser

sodio que por dos siglos sellará la suerte de la ciencia económica. "McCulloch cordoned off the free trade economics from the philosophy and the alleged 'physiocratic tendencies' in the Wealth". *Op. cit.*, pág. 150. La ilusión de que es posible segregar la ciencia económica de la filosofía prevalece todavía entre los economistas.

(15) Ver Creedy, John: *Edgeworth and the Development of Neoclassical Economics*

(1986). Gregg Revivals, Blackwell, Great Britain, 1992. Acaso cabe recordar la "ofelinidad" paretiana y el "cálculo felicitarario" del propio Bentham.

(16) No conocemos los escritos económicos de Hegel, que se perdieron, pero sabemos que reconoció explícitamente la fertilidad filosófica de los conceptos de Smith, y Kant se interesó en el "espectador imparcial" smithiano.

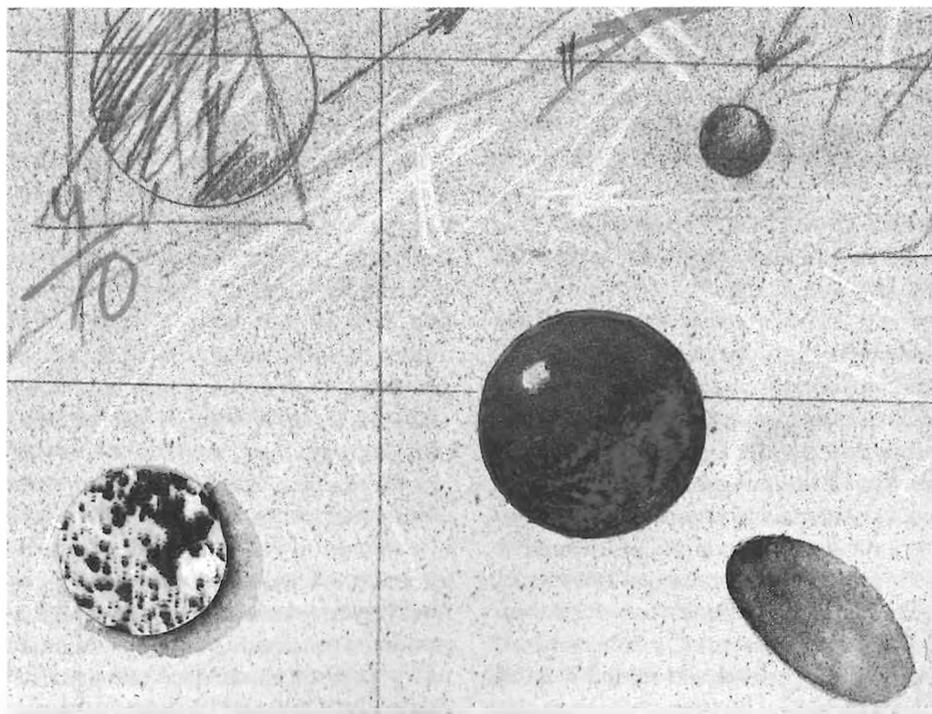
más, de suyo, que un ejercicio de mistificación. Mientras la EN unilateral desplazaba (siempre sin reemplazarla) a la EP, ésta, entretanto, negándose a partir nuevamente de su forma más lograda, que era y es aún la legada por Marx; renunciando de este modo a su misión de proseguir la crítica de la EP, iniciada por el mismo Marx; rehusándose por tanto a emprender la crítica transformativa de la EN hasta integrarla, enriqueciéndose, en su propio concepto; en lugar, en fin, de retomar a Marx y actualizarlo, languidece, mientras una disciplina vicaria coloniza su sitio institucional. Falta del espíritu o del vigor que conoció en otros siglos, la EP permanece durante la mayor parte de éste bajo la forma doctrinaria, larval y anacrónica de una lectura regresiva de Marx, codificada en clave ricardiana.

Por nuestra parte, creemos haber retomado la actualización de la EP por medio de la crítica de la EN (23). Hemos mostrado que ésta, en efecto, con sólo ponerse en contraposición consigo misma, queda *eo ipso* al servicio de la teoría de la forma mercantil del valor. Pues la ley general del valor mercantil está mediada por el comportamiento de individuos que únicamente entran en contacto recíproco por medio del mercado y son, dice Marx, "productores privados e independientes". El individuo que se comporta con arreglo a este concepto acude al mercado donde tiene la posibilidad de entablar el vínculo productivo que caracteriza esta sociedad. Para él, este nexos es el único posible de carácter social general, y es inevitablemente aleatorio, fugaz e intermitente, esto último porque si el productor de mercancías logró realizar su cometido en tanto *homo mercator*, queda de inmediato otra vez desvinculado, y deberá desempeñarse como

*homo laborans* en un estado de aislamiento social. Pero este actor desdoblado en dos personajes es uno solo, o más bien es el mismo personaje representado sucesivamente por dos actores, pues cuando, en tanto *homo laborans*, se involucra en la conformación técnico-material de su producto, lo guía el mismo propósito que cuando procura la metamorfosis social del mismo producto. Entre estas dos fases del desempeño del hombre mercantil se interpone una tercera, en la que el productor mercantil, antes de programar su trabajo, sopesa las opciones comprendidas en el rango de sus opciones técnicas, y distingue entre los productos materiales que puede obtener preguntándose con cuál de ellos le conviene regresar al mercado. Todos poseen igual valor individual, pero, dada su expectativa sobre la configuración de precios, y si esa expectativa se confirma, encarnan generalmente distinto valor mercantil, de mo-

do que uno permite al individuo acceder al ingreso más alto entre los asequibles y corresponde a su ventaja comparativa. Tal es el secreto de lo que luego llamaremos la "caja negra" del ajuste clásico.

La EP, en su afán por pasar de la forma apariencial de las mercancías a su contenido de valor y, por ende, empeñada en sentar la pertinencia y la relevancia del concepto abstracto de valor, pasó por alto ese comportamiento, relegándolo a la caja negra del ajuste clásico. Smith hace un importante intento por entender cómo actúa el productor individual para mediar la ley del valor, pero desiste. Atisba apenas la naturaleza de la dificultad: logra explicar la conducta del productor mercantil mediadora de la ley del valor en un mercado de aldea, pero sabe que tal explicación pierde vigencia en el anchuroso mundo moderno donde el mercado es ecuménico: donde el intercambio



(17) "The beautifying, not the beautified, is the really beautiful." Citado por Cassirer, Ernst, en *The Philosophy of the Enlightenment (Die Philosophie der Aufklärung, 1932)*. Princeton University Press (1968), 1979, pág. 85.

(18) Así lo expresa el mismo Marx al citar con aprobación a un comentarista ruso, Nicolai Sieber, quien presenta, dice, "mi teoría del valor, del dinero y del capital, en sus

lineamientos fundamentales, como desenvolvimiento necesario de la teoría de Smith-Ricardo". Marx, K.: *El Capital*, Epílogo a la Segunda Edición (1873), Siglo XXI, Bs. As., 1975.

(19) Destacada excepción es Isaak Rubin, quien, a diferencia de tantos otros economistas marxistas, supo distinguir entre la teoría marxiana de la forma del valor y la

de productos reproducibles devenidos mercancías pone en conexión impersonal a productores distintos y distantes que ignoran las condiciones técnicas promediales de reproducción social de los bienes que intercambian y, por consiguiente, son sensibles a sus determinaciones del valor sin conocerlas.

En el siglo comprendido entre su primera versión clásica (*La Riqueza de las Naciones*) y su principal versión crítica (*El Capital*) se completa la primera y, hasta el presente, única evolución de la EP. Después de la implosión que interrumpe bruscamente su desarrollo, la caja negra sigue guardando su secreto indescifrado. La EN que pronto ocupa el escenario elabora un principio de respuesta para un problema que, empero, no llegará a formular. O bien los compradores y vendedores conocen las determinaciones cuantitativas del valor de las

cionales los valores se desconocen y la comparación entre precios y valores se torna prácticamente imposible. Smith ignora la distinción entre la mercancía intersticial y la mercancía del capital, y procura aplicar a la segunda la teoría de la primera, tal como la modernidad la recibió de la tradición aristotélico-tomista. El problema no fue comprendido ni resuelto, ni siquiera abordado, por Ricardo, e incluso Marx, habiéndose propuesto exponer la dialéctica de la forma mercantil del valor, no logra despegar completamente de la identidad aristotélica entre valor y valor mercantil, entre medida y determinidad objetiva del valor. En suma, desde el comienzo hasta el fin de su ciclo, la EP supo que la ley general se cumple, con las transformaciones que reclamó Ricardo y expuso, en principio, Marx. Pero quedó sin explicar de qué manera el comportamiento del productor in-

faltó en las versiones clásica y crítica de la ciencia económica moderna; desarma analíticamente la caja negra, de modo que por medio de la crítica de la EN podemos poner al descubierto en las manifestaciones más comunes y aparentes de la estructura mercantil las transiciones dialécticas que faltaban para completar la crítica iniciada por Marx y, finalmente, para proceder a la actualización científica, largamente demorada, de la EP. Así, las contribuciones de la EN cobran su verdadera importancia en el contexto de la EP, y propiamente en el concepto de valor que ella rechaza e ignora. Ese reconocimiento obliga a rever, retrospectivamente, las doctrinas mercantilistas: puesto que hoy conocemos las transiciones internas de la mercancía apariencial (de su noción común) al concepto fundamental de la EP, podemos identificar y apreciar las múltiples transiciones extrínsecas que ya habían sido conceptualizadas antes de Smith (24). Pero la primera gran síntesis de la ciencia económica, realizada en el Siglo de las Luces, tuvo como antecedente el olvido en que se mantuvo el concepto de valor durante los cinco siglos precedentes. La proeza teórica fundante y constitutiva de la EP consistió en recuperar la teoría del valor aristotélico-tomista, transformándola profundamente en su concepto. La transformación, empero, permaneció incompleta.

## La proeza teórica fundante y constitutiva de la EP consistió en recuperar la teoría del valor aristotélico-tomista, transformándola profundamente en su concepto.

mercancías que intercambian, o bien las desconocen. Si las conocen, pueden apreciar las discrepancias entre valores y precios y, consecuentemente, reprogramar sus planes de producción según tales discrepancias, para aumentar o disminuir la reproducción de las mercancías sobrepreciadas o menospreciadas, respectivamente. Así, la conducta de los productores de mercancías sería acorde con la ley del valor, por la cual la configuración de los precios “gravita” (tendencialmente) hacia la configuración de los valores. Pero, de hecho, en un mundo de mercados interna-

dividual, que decide ante las opciones de producción asequibles para él, asegura el cumplimiento de la ley general. Desechada la explicación de Smith, primero por él mismo y luego por Ricardo y Marx, el problema queda desatendido. ¡Ello, a pesar de que el gran crítico de la EP clásica profundizó más que ninguno de sus predecesores en la comprensión de la forma mercantil del valor!

La paradoja no termina en esto, ya que, no obstante su carencia de concepto, y precisamente debido a su misma unilateralidad, la EN, sin quererlo ni saberlo, aporta el eslabón que

Retomemos a Marx. Su crítica de la EP tomó en cuenta que esta ciencia tiene por objeto el capital y por concepto simple el de mercancía. Para alcanzar el concepto de capital partió de la mercancía “que aparece”, es decir, de la noción empírica, común, de mercancía. La crítica de esta figura debió

teoría ricardiana del valor. Fundó su hallazgo sobre una exégesis doctrinaria exhaustiva de los textos del maestro, pero no lo potenció con nuevos aportes, no renovó la discusión sobre el significado y las consecuencias del concepto marxiano y, en definitiva, no logró retomar el concepto inconcluso. Todavía hoy sus enseñanzas ayudan a corregir las tradiciones interpretativas que estamos cuestionando.

(20) Discutimos este punto en *El Capital Tecnológico* (FCE-Catálogos, 1997), donde exponemos la transición a la mercancía clásica contenida en la mercancía cataláctica, y argumentamos que esa transición, necesaria e inmanente, enriquece y completa el concepto marxiano de mercancía.

(21) Cabe recordar que el viejo nombre de la ciencia económica de la sociedad moder-

poner en marcha la dialéctica que se haría cargo propiamente de la crítica de la EP. Este proyecto es la esencia del legado científico de Marx. Su finalidad, lo mismo que la de Smith, sólo es alcanzable por medios científicos, pero ella misma trasciende el campo de la ciencia, y cae de lleno en la filosofía política, ya que sus argumentos tienen que ser significativos para la vida cívica. Más específicamente, deben ser una guía de acción para el proletariado en el marco histórico de la lucha de clases, y más allá.

Un siglo antes, Smith buscaba el fundamento natural del orden constitucional moderno y tropezaba con nuevas tribulaciones: el sistema mercantil debe ser acorde con el orden natural, pero contraviene un principio del mismo orden natural, reconocido desde Locke, cual es el derecho natural del trabajador a su propio producto. Su dificultad para conciliar esos principios dejó abierta la brecha por donde más tarde los socialistas ricardianos

reclamo utilitarista comprendido en la sociedad civil: es la forma esencialmente política de la conciencia que esta clase adquiere de su historicidad y de su misión histórica. La crítica de la EP debía producir el argumento científico de esa conciencia. El proyecto parece así desdoblarse en dos réplicas que no son, empero, sino los momentos intelectual y práctico de una misma praxis revolucionaria: las bases teóricas del nuevo socialismo "científico" (caracterizado así por Marx treinta años antes de la publicación de *El Capital*) serán el "desenvolvimiento necesario" de la ciencia social burguesa. La sociedad que heredará y elevará a nuevos horizontes las conquistas de progreso y civilización alcanzadas en la era del capitalismo, el socialismo mismo, será también el "desenvolvimiento necesario" del propio desarrollo capitalista. Mucho antes de acometer la crítica de la EP, Marx había señalado que el proletariado tenía la misión histórica de emanciparse y, al ha-

que debería descubrir la immanencia y la génesis del socialismo en las entrañas mismas del capital y de este modo revelaría a la propia clase obrera el secreto de su existencia así como las condiciones concretas de su libertad. Marx no alcanzó a llevar a cabo su programa de investigación, pero desde distintos ángulos interpretativos se acepta que en algunas partes *El Capital*, obra correspondiente al menos a la primera parte de ese programa, adelanta resultados significativos. La "teoría del derrumbe" los encuentra en la formulación por parte de Marx de la ley por la cual, como resultado del peso creciente del capital "constante" en la composición del capital (a expensas de la proporción de capital "variable"), cae tendencialmente la tasa anual de ganancia, en adelante TAG, a un punto que no permitirá aumentar la escala de la reproducción. Ergo, tampoco podrá proseguir el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas porque, se sostiene, éste es imposible sin un aumento ulterior de la proporción de capital constante. Sobrevendrá entonces, se sostiene, el derrumbe del capitalismo.

La caída tendencial de la TAG se manifiesta a través de sucesivos ciclos periódicos de expansión seguidos de crisis; no debe confundirse con la baja sufrida por la TAG en la fase ascendente de uno de tales ciclos (correlativa al descenso de la desocupación y al alza consiguiente de la tasa y la masa del salario y de su peso en el producto de valor), ni con su caída, en ocasiones calamitosa, al final de ese ciclo, acaso acompañada de un abrupto aumento en la tasa de interés, en vísperas de la crisis. Pero Marx no ofrece una teoría de la caída de la TAG, sino que contrapone esta tendencia a un conjunto de tendencias opuestas, sin dar razón teórica alguna

## La ética proletaria es la forma esencialmente política de la conciencia que esta clase adquiere de su historicidad y de su misión histórica.

denunciarían al capitalismo como un sistema artificial que subvierte la ley natural. Esa denuncia volvió contra la burguesía misma el fundamento moral del régimen burgués de la propiedad privada, adoptándolo para abogar por la solidaridad de los oprimidos contra los opresores.

Marx se convertirá, por cierto, en el portaestandarte mayor de esa solidaridad, pero no reivindicará el derecho natural de los trabajadores, ni derecho natural alguno. La ética proletaria no se reduce a un civismo abstracto ni al

cerlo, liberaría a la humanidad.

La existencia de un techo a la escala de la acumulación de capital había sido barruntada por Smith, como vimos, y por Malthus, como se sabe, pero la originalidad de Marx radica en que no inquiere sobre el límite del progreso capitalista sino sobre el límite capitalista del progreso. El mismo no sería esencialmente de naturaleza moral o física, sino que el desarrollo capitalista debía agotar la posibilidad capitalista del desarrollo. Recién su obra de madurez abordaría la crítica de la EP,

na, inspirado en el título del *Traicté* de Antoyne de Montchrétien (*Traicté de l'Oeconomie Politique*, 1615), subraya todavía hoy la distinción entre esta ciencia y las artes económicas como la administración de la hacienda doméstica o pública.

(22) Hace diez años pudo decirse de ella: "It would not be unfair to say that this theory still furnishes the basic foundations of what many are pleased to call 'mainstream

economics' ". Kirman, A.: "The Intrinsic Limits of Modern Economic Theory: The Emperor Has no Clothes". *The Economic Journal* 395, Vol. 99, Supplement 1989. Los límites que Kirman tiene por intrínsecos lo son para una crítica incompleta, que no sabe hallar la transición contenida en la teoría del equilibrio general por la cual ésta necesariamente pasa a la teoría de la forma mercantil del valor. Pero, se logre o no su superación, la

para predecir la preponderancia de una u otras. Las causas contrarrestantes que enumera Marx (25) sugieren que en el desarrollo tecnológico del siglo XX pueden haber prevalecido sobre la tendencia a la baja de la TAG. Asimismo, que operaron sobre la TAG, en ambas direcciones, causas no estudiadas por Marx. Que, *a fortiori*, el peso de una masa creciente y permanente de desocupados, que no se reduce significativamente con los ciclos de acumulación, no podría ser más abrumador. Empero, el problema del límite del desarrollo capitalista en las estructuras profundamente transformadas del capital a fines del siglo XX no atañe a la tendencia de la TAG media, sino a su significado.

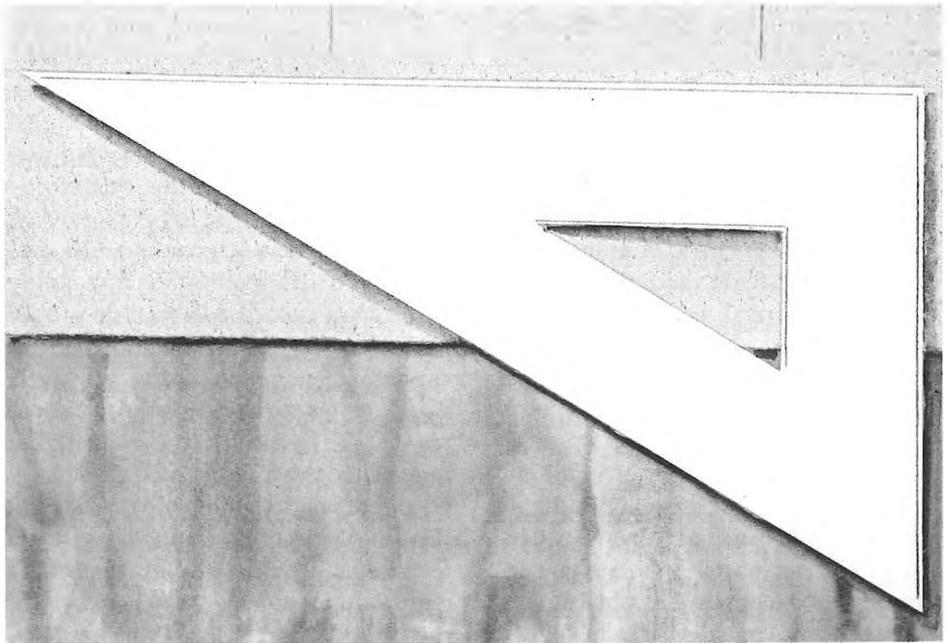
Pues la discusión que bosquejamos en los párrafos anteriores presupone que la TAG media es una categoría objetivada, como son el precio y la tasa de interés (26). La objetivación ("reificación") de la TAG media está asegurada en principio por la libre entrada y salida de capitales en todas las ramas en que se despliega la división técnica de la producción. La mayor parte de las cuestiones en las que hoy se centra el análisis marxista, como el juego de tendencias contrapuestas que reseñamos recién, la transformación de la ley del valor en ley del plusvalor ("la transformación de valores en precios de producción"), fue estudiada por Marx bajo el supuesto de la formación de una TAG general, el cual implica la nivelación de las TAG promediales por rama de producción. En principio, sin considerar la dispersión de las TAG en cada rama, el plusvalor se reparte entre las empresas de capital en proporción a sus compromisos de capital, independientemente de los aportes respectivos a la creación de plusvalor.

El capitalismo industrial es una trans-

formación sustancial del capitalismo comercial, su progenitor. Marx desarrolló la tesis según la cual el capitalismo es el proceso histórico de su propia génesis, transformación y superación. En cada una de sus formas de existencia es un sistema incongruo, internamente incompatible. A cada gran época de su desarrollo corresponde una configuración particular, y cada una de éstas contiene su propia, peculiar, contradicción inmanente. La mercancía es la primera relación social que desborda de todo particularismo y enlaza a la sociedad humana en un mismo y único proceso de producción, mas únicamente cobra esta universalidad objetiva en tanto ella es la forma "más general y más abstracta" del capital. El capitalismo comercial choca con su límite específico, un límite que la revolución industrial sobrepasará dando lugar a una nueva forma de capital y a una nueva configuración del capitalismo. En su dimensión histórica, el capitalismo comercial es un proceso en el cual, a la

par que la forma mercantil de la riqueza cobra objetividad universal, la riqueza reificada queda en manos de los capitalistas mientras los trabajadores son desposeídos.

El despojo universal mediado por un intercambio esencialmente voluntario (el comercio y la usura desde la edad media tardía) es inseparable del despojo directo, forzado, para el cual Marx acuña la célebre expresión "acumulación originaria". La verdadera acumulación originaria del capital, la unidad de ambos procesos, se prolonga y completa más tarde con la transformación de la acumulación capitalista en acumulación de capital industrial. Pero, en tanto ella tiene lugar todavía en ausencia de un proceso de reproducción general del capital; mientras, en otras palabras, el plusvalor es nulo, entra en vigor la fórmula mercantilista: "Unos ganan lo que otros pierden" (27). El capitalismo todavía predominantemente comercial que estudia Smith es un sistema en el cual la realización comercial del valor



verdad de la doctrina oficial es una sola: el emperador "modela" desnudo!

(23) En *El Capital Tecnológico*, op. cit.

(24) Incluso Rubín, un excelente historiador crítico del pensamiento económico, incurre en el prejuicio según el cual los escritos mercantilistas carecen de alcance teórico. "The economic investigations of the mercantilists were practical in charac-

ter. Their works were overwhelmingly a collection of practical prescriptions recommended to the State for implementation." Rubín, Isaac Ilych: *A History of Economic Thought* (1929), Pluto Press, Worchester, 1989, pág. 175. En el texto que acabamos de transcribir, las palabras *practical prescriptions* aparecen subrayadas, aparentemente por el autor.

mercantil articula una nueva estructura productiva de dimensión ecuménica, sin constituir aún un sistema de reproducción.

En contraste, el capitalismo industrial es un sistema de producción de plusvalor. El capital comercial y el capital a préstamo (las "formas arcaicas", dice Marx, precapitalistas, de capital) subsisten en la nueva configuración del capitalismo, articulándose con el capital industrial en el proceso de producción. En tanto producción de mercancías, la producción de capital comprende dos procesos, la circulación de mercancías y su conformación material (o "producción" en un sentido restringido, abstracto, ya que hace abstracción de la esencia social relacional de la producción), de modo que la circulación de mercancías coincide con el proceso de rotación del capital. El capital comercial y el capital a préstamo constituyen capital meramente formal, puesto que sus mutaciones son únicamente formales, en contraposición al capital real, del que forman parte. Se entiende fácilmente que ciertos capitales se especialicen en aspectos particulares del proceso de rotación. Sin embargo, ¿cómo pudo sostenerse (enteramente, hasta el siglo XVIII) la primera configuración del sistema capitalista, aquella en la que se conformaron el comercio mundial, los estados nacionales, el mundo moderno y su sistema colonial, sobre la base de un capital meramente formal? Hoy esa forma abstracta se comprende (en retrospectiva) como la expresión de un contenido que sólo se revelaría en el pleno (tardío) desarrollo del capital real. Tanto aquí como allí el capital formal devenga únicamente ganancias relativas, pero ahora su suma algebraica no es nula, ya que representa una porción del plusvalor. Marx capta el capitalismo industrial en

un estadio particular del desarrollo, caracterizado porque la competencia entre capitales tiende a eliminar las ganancias relativas (con excepción de las devengadas por el capital formal, que participa de la nivelación de las TAG). La empresa innovadora es una excepción a la regla, puesto que goza de ganancias extraordinarias, pero este privilegio es de carácter temporario y su lapso de vida se acorta *pari passu* con el desarrollo industrial. Hemos propuesto denominar "capital no diferenciado (o indiferenciado)" a esa estructura general del capitalismo decimonónico, en contraposición al "capital diferenciado", como queremos caracterizar a la estructura actual (28). Así como el capitalismo industrial es una transformación del capitalismo comercial, el capitalismo industrial

nérico esencial de la condición humana fue tomado cautivo por un poder total, ignoto, irresponsable.

En su nueva configuración, el sistema está dominado por un grupo notablemente pequeño de empresas gigantes dotadas ellas solas del poder exclusivo y excluyente de alcanzar el privilegio del innovador y de retenerlo, renovándolo iterativamente por medio de nuevas innovaciones.

Así, en esta particular estructura capitalista, la producción está escindida conformando una contraposición polar que encierra una nueva fuente de ganancia relativa. La misma se extingue y se renueva permanentemente por medio de un proceso de producción pura (que no es reproducción y no es, por lo tanto, producción de valor ni, *a fortiori*, de plusvalor): es el

---

### **La empresa innovadora es una excepción a la regla, puesto que goza de ganancias extraordinarias, pero este privilegio es de carácter temporario y su lapso de vida se acorta *pari passu* con el desarrollo industrial.**

---

diferenciado es también una transformación no menos sustancial del capitalismo industrial no diferenciado. Este último tiene a la vez como premisa y como resultado un triple despojo de los trabajadores, que los convierte en proletarios: fueron privados de la propiedad de sus medios de trabajo, se les quitó la capacidad social de producir (como no sea trabajando para un capitalista, sometiendo a sus órdenes) y se les extirpó la función primero, la capacidad después, de crear nuevas técnicas de trabajo. En el capital diferenciado, unos capitalistas son privados por otros capitalistas de la tecnología, vale decir, de la capacidad de producir nuevas técnicas con los recursos de la ciencia. El atributo ge-

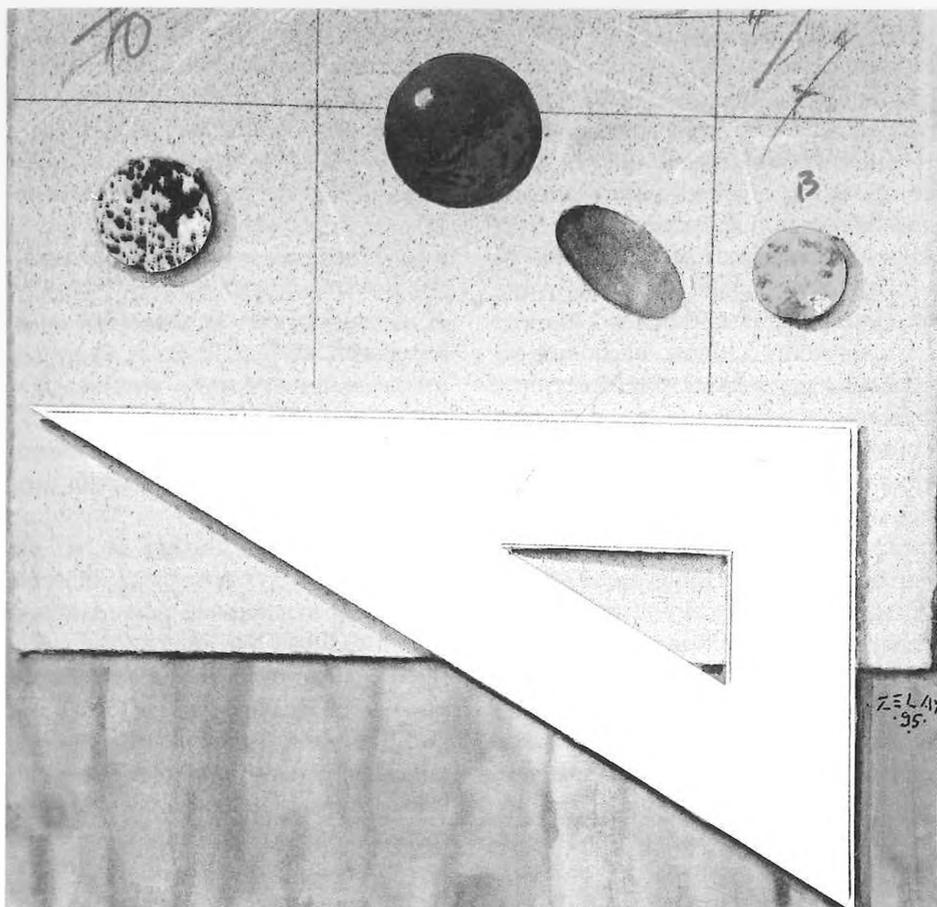
proceso de invención tecnológica e innovación técnica. La diferenciación del capital es a la vez diferenciación de empresas de capital: únicamente las empresas de capital tecnológico llevan a cabo la invención tecnológica y únicamente las empresas de capital potenciado gozan también, ellas mismas, del privilegio del innovador.

En el capitalismo indiferenciado, la TAG era un promedio social general, pero ahora la TAG media no tiene ya el significado de TAG "normal" u objetiva. Debemos imaginarla calculada por un contador omnisciente, ya que no es más que un promedio estadístico, abstractamente extrínseco, sin significado para el comportamiento de la empresa individual. La categoría "TAG

(25) Tales como los efectos de a) la mayor productividad en el abaratamiento de los componentes: I) del capital constante (que atenúa o contrarresta el aumento de la composición orgánica del capital), y II) de la canasta salarial (que puede reducir el valor mercantil de la fuerza de trabajo incluso si aumenta el salario real); b) la mayor velocidad de rotación del capital, o c) la caída del salario relativo.

(26) En el siglo XVII, Geminiano Montanari utiliza la metáfora de los vasos comunicantes para enunciar la ley de la nivelación de los precios (luego atribuida a Jevons). Por extensión, podríamos decir que la reificación u objetivación social general de las categorías mercantiles responde al principio de Montanari.

(27) Marx subraya, si bien en otro contexto, la importante distinción a la que arriba Ja-



general o normal”, propia del capitalismo indiferenciado, se extinguió como consecuencia del propio desarrollo capitalista, lo mismo que la ilusión de una “libre competencia” de todos los capitales. El capital se ha jerarquizado. Las empresas de capital potenciado, en el pináculo de la estructura, únicamente pueden operar mediante la apropiación de enormes masas de beneficios, a tasas de un orden superior a la TAG media, mientras las empresas de capital simple no alcanzan normalmente la TAG promedial. El manejo de megacarteras formadas con megaproyectos de I+D y la programación de circuitos innovativos, junto con el aumento en el riesgo y en la escala mínima de tales proyectos y programas,

exige la concentración y la centralización de grandes porciones del capital social, que se acelera por medio de las megafusiones que conmueven el escenario finisecular. La TAG extraordinaria contiene una ganancia relativa que proviene del privilegio del innovador permanentemente renovado; es en esencia un monopolio de reproducción, que el capital potenciado explota por varios medios que incluyen: a) la fijación de precios y condiciones de comercialización; b) la optimización de su estructura financiera, y c) el descompromiso de capital (desintegración + desconcentración + centralización + “tercerización”).

Esto no es todo: en el capital indiferenciado, el camino de la invención a

la innovación involucraba principalmente la adaptación técnica del nuevo proceso (*scale-up*: de laboratorio a planta piloto a planta industrial) y el lanzamiento comercial; en el capital diferenciado, la innovación consiste en la reestructuración de subsistemas reproductivos de bienes complementarios (nuevo *software* requiere nuevos equipos), tanto por razones técnicas como por impostación de la razón técnica en estrategias extorsivas de “empaquetamiento”. La empresa de capital potenciado es una unidad gigante de planificación. Si el capital industrial se apropió de la capacidad humana de producir, el capital tecnológico secuestró la capacidad esencial y genéricamente humana de crear nuevas técnicas. El capital indiferenciado operaba en una economía no planificada, el capital diferenciado debe planificar en gran escala.

En el otro polo, en su abrumadora mayoría las empresas han perdido la capacidad de innovar. Se especializan en el proceso de reproducción y se reciclan como licenciatarias de tecnología, perfeccionándose como adoptadoras oportunas de técnicas reproductivas. Son empresas de capital reducido o simple. Forman una franja de jerarquía inferior, ya que todas ellas están jerárquicamente subordinadas a las empresas de capital potenciado, debido a que carecen tanto de la capacidad de innovar como del poder de planificar la reestructuración de subsistemas. Empero, constituyen ellas mismas una franja interiormente jerarquizada, ya que el adoptador oportuno alcanza una TAG superior a la promedial de su estrato.

En la base de la escala hay una masa de capital fragmentado al extremo, tal que apenas o sólo circunstancialmente alcanza una TAG positiva, de modo que estos últimos capitales no son ta-

mes Steuart (el mercantilista tardío, contemporáneo de Smith), entre ganancias absolutas y relativas; estas últimas corresponden a los *profits upon alienation*, de suma cero, y las primeras al *produit net* de los maestros fisiócratas o, en definitiva, al plusvalor. No debe confundirse la ganancia relativa con la “plusvalía relativa”, ya que la segunda pertenece a la terminología marxiana atinente a la reproducción del capital.

(28) En lo que sigue resumimos pasajes de *El Capital Tecnológico*, op. cit., Cap. III.

les para sus propietarios que son ellos mismos trabajadores. Originados en la tercerización de las empresas de capital simple, el régimen de estos autoempleado(re)s ("cuentapropistas") descende (por un gen recesivo) del *putting-out system*, el ancestro arcaico del capital industrial. También en el estrato subsiguiente prevalece la precariedad y la alta tasa de defunción empresaria. Estos capitalistas tienen dificultades crecientes para relanzar su capital como capital comercial o industrial; en suma, para convertir su dinero en capital, y (reunidos en grandes masas por intermediarios financieros especializados) contribuyen a formar la plétora de capital especulativo que (rasgo peculiar de la nueva estructura) alcanza su pico en los momentos de mayor estancamiento en la acumulación de capital. Otras fuentes circunstanciales de la nueva "acumulación originaria" son el desmantelamiento de los sistemas de seguridad social, el "lavado de dinero", y las "privatizaciones". En el capital indiferenciado, las crisis y los períodos de auge eran sucesivos; en el capital diferenciado son simultáneos: la crisis social general tiende a ser permanente. Este cuadro replantea la cuestión del signo de la tendencia de la TAG (resultante del juego de tendencias contrapuestas) y, más fundamentalmente, los términos de la relación entre esa tendencia y el posible límite inmanente estructural del desarrollo capitalista. Antes, se plantean nuevos problemas en el viejo marco del capital no diferenciado; éstos requieren una combinación de análisis cualitativo, que identifique el juego completo de tendencias y contratendencias, con estudios econométricos que permitan apreciar el efecto de tendencias que se contraponen. La conveniencia de estos últimos se puede

mostrar con algunos casos en los que el predominio de una tendencia depende de condiciones empíricas propias de una fase particular del desarrollo. a) El aumento simultáneo de la composición orgánica y de la velocidad de rotación del capital tiene efectos contrarrestantes sobre la TAG. b) El abaratamiento del capital constante contrarresta la caída de la TAG; pero, al acortarse el lapso en que el capital fijo se torna obsoleto, ese "efecto contrarrestante" es, a su vez, contrarrestado. c) Este último, a su vez, puede ser "contrarrestado" por las prestaciones superiores (calidad, costo, cantidad) ofrecidas por los equipos de reposición (ya que su mayor prestación determina la obsolescencia del equipo por reponer). Pero, a la vez, tomando en cuenta la diferenciación del capital, entre la tendencia de la TAG y el límite de crecimiento del sistema no hay causalidad unidireccional, puesto que los acercamientos periódicos del sistema a ese límite, lo mismo que los altibajos de la TAG en torno de su tendencia, en contraposición a las fluctuaciones cíclicas de la tasa de salarios, modifican las condiciones del juego de contratendencias y aceleran el proceso histórico irreversible de diferenciación del capital. Las empresas de capital potenciado destinan porciones crecientes de plusvalor al financiamiento de la I+D; este estrato conjuga así necesidad y capacidad crecientes de apropiarse de plusvalor producido en el resto del sistema, y alcanza permanentemente una TAG muy por encima de la promedial general. En consecuencia, en comparación con una estructura de capitalismo indiferenciado, para que las empresas de capital reducido obtengan una TAG determinada es necesaria una TAG promedial general significa-

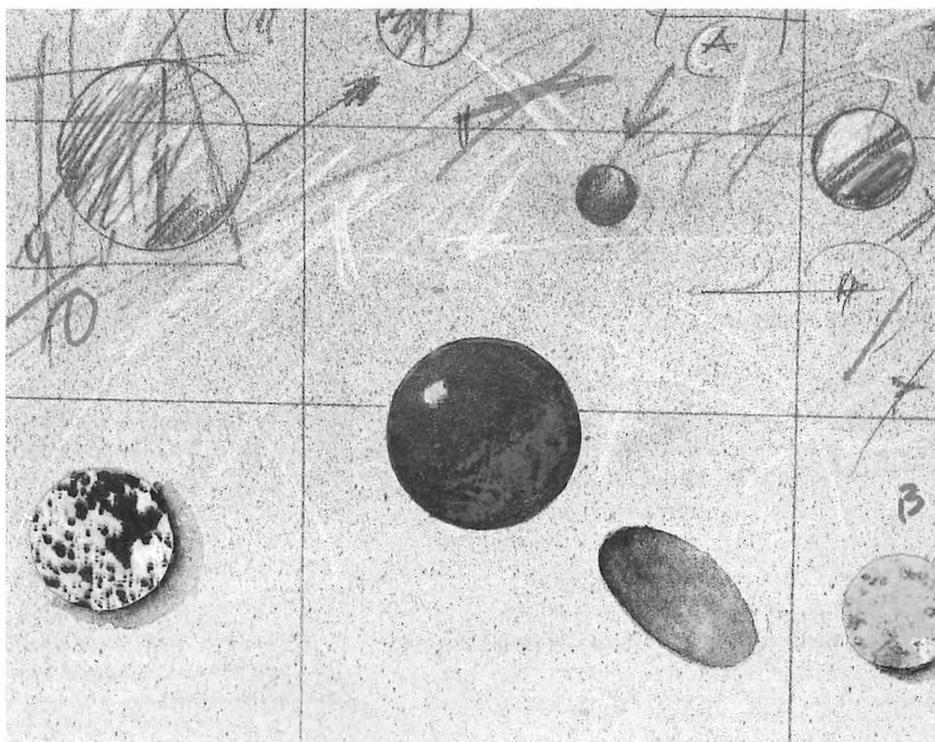
tivamente más elevada. A la vez, un aumento proporcional dado en el nivel global de acumulación exige una TAG media mínima más alta; o bien, para una TAG promedial dada, la tasa asequible de crecimiento de la escala de la reproducción es menor. Si esto es así, para que el crecimiento del sistema choque con un límite no es necesario que la TAG decrezca: basta con que no crezca; eventualmente, que no crezca a una tasa acumulativa creciente. Otros problemas ya no podrían ni siquiera formularse sin tomar en cuenta las peculiaridades de la nueva estructura. El ejército industrial de reserva deja de ser tal, convirtiéndose en una masa de desocupados permanentes, pues ¿es posible su reducción a una tasa de crecimiento alcanzable? Es hartamente evidente que la respuesta negativa traslada la cuestión sobre la viabilidad del capitalismo (para no hablar de su legitimidad) más allá del campo abstractamente económico. Para lograr una formulación más justa de estos problemas debemos retomar los conceptos fundamentales de la EP. Recordemos una vez más que una producción meramente mercantil no hubiera expresado plenamente su propia lógica (hubiera permanecido encriptada en los pliegues del mundo antiguo), y que la mercancía plenamente desplegada es solamente la forma abstracta del capital.

Ahora bien, a medida que avanza el proceso de diferenciación general del capital, éste tiende a extinguir su propia esencia mercantil. En verdad, la negación de la mercancía tiene sus primeras raíces en la naturaleza misma de la mercancía, que se expresa necesariamente en el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. La función del dinero en tanto que medio de pago es una segunda

negación de la mercancía: la relación impersonal y evanescente entre comprador y vendedor se convierte en una relación entre deudor y acreedor. El capital industrial es aún otra negación de la mercancía, ya que escinde al trabajador de la producción mercantil. La diferenciación del capital mina las bases mercantiles del capitalismo. Expresiones de este hecho son el peso creciente de las llamadas transacciones intra empresa en el comercio internacional y las compraventas cuasi-mercantiles dentro de subsistemas de capital diferenciado, entre capital potenciado y capital reducido. La forma jurídica de esta relación es el contrato de adhesión, en contraste con el contrato "perfecto", que supone la igualdad y la libertad de las partes. En efecto, la principal mutación que se produce en la sociedad capitalista como un todo, como consecuencia de la diferenciación del

capital, es la indiferenciación entre las grandes esferas de la sociedad moderna: se desvanece el contraste entre la sociedad civil y la sociedad política y el estado capitalista pierde sus rasgos modernos.

La primera dificultad que presenta la EP del capital diferenciado es el atraso en que se encuentra la EP del capital indiferenciado, de la cual sólo puede ser una "evolución necesaria". En particular, la EP no alcanzó a desarrollar una teoría de subsistemas. Todavía hoy, esta carencia realimenta y da pábulo a la opción propiamente falsa del economista entre una formación científica y una formación profesional. Pero esta opción ilusoria se desvanece en tiempos de crisis, ya que sólo el economista con formación científica puede ayudar a comprender lo nuevo de la única manera en que lo nuevo puede ser comprendido: mediante el concepto. ■



Diseño racional de drogas.  
*Técnica mixta.*  
Daniel Zelaya. 1995

# Macroeconomía: de Keynes a Lucas

Por Manuel Fernández López\*

Hace dos siglos y medio, aun antes de que Smith se abocase a poner orden en la ciencia lúgubre, un señor afable y de buena onda, David Hume, estudió las que serían preocupaciones de la macroeconomía del siglo XX: una expansión monetaria, si ocurre cuando hay gran número de desocupados, expande en primer lugar el empleo y luego se manifiesta en alza de precios.

## Una golondrina no hace verano

Si uno ahorra un poco más de su ingreso –digamos que pasa de ahorrar un 10 por ciento a ahorrar un 20 por ciento– el mundo no se desploma. Si uno anticipa compras, los mercados no se alborotan. Pero si **todos** ahorramos más, el empleo cae, y si todos gastamos más, los precios suben. El conjunto genera procesos **globales** (recesión, inflación) que ningún elemento aislado, por sí solo, es capaz de provocar. El conjunto económico guarda con las unidades económicas la misma relación que una malla guarda con cada hilo que la forma. La mi-

rada de la macroeconomía se centra en tales funciones o procesos del conjunto económico.

## Arreando la tropa

La macroeconomía se elaboró en la primera mitad de los años treinta, es decir, en medio de la Gran Depresión. Ello nos puede sugerir un vínculo causal entre el desempleo masivo y la explicación teórica de ese fenómeno, pero sería como pensar que Hiroshima permitió descubrir la fisión nuclear. De hecho, cuando el desempleo masivo ya estaba instalado, todavía no se contaba con una explicación económica del desempleo involuntario. Se conocían mecanismos macroeconómicos, pero inconexos entre sí. Los mercantilistas vinculaban la abundancia de dinero con bajas tasas de interés. Petty señaló las obras públicas como medio para dar empleo. Una larga lista de autores ideó distintas variantes del mecanismo –que hoy llamamos “multiplicador”– para transmitir un fenómeno local al conjunto de la sociedad. El propio Hume analizó el efecto

expansivo de un incremento en los medios de pago sobre la actividad y el empleo. Knut Wicksell creó la noción de proceso cumulativo y explicó las ondas ascendentes y descendentes por divergencias entre la tasa natural de interés y la tasa de mercado. Y ya iniciada la Gran Depresión, Fisher explicó la decisión de acumular por la “tasa de rendimiento sobre el costo”, noción precursora de la “eficacia marginal del capital”, determinante de la demanda de inversión.

Todos ellos eran, como diría Prebisch, “elementos dispersos”, que no podían unirse como retazos –generar un Frankenstein– sino que necesitaban ser reelaborados e integrados en un solo cuerpo teórico. Varios economistas notables intentaron construir ese cuerpo nuevo –Frisch, Tinbergen, Ohlin, Kalecki–, pero ninguno lo logró por completo. Era una cantidad de ganado demasiado grande como para que un solo jinete pudiese arrearla. El logro y el mérito corresponderían a Keynes, una década antes lanzado a la popularidad con su *Consecuencias económicas de la paz* y a la consideración académica con su *Tratado de probabilidades*. Pero él mismo acaso no hubiera

\* Profesor Titular de Historia del Pensamiento Económico y miembro del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Investigador Principal del CONICET.